

Defender Europa

Elena Valenciano
 Presidenta de la
 Delegación Socialista
 española en el
 Parlamento Europeo

La Europa que hoy conocemos, cuya máxima representación institucional es una Unión Europea de la que formamos parte ya 28 Estados del continente (y cinco más son ya candidatos para sumarse a ella), es el resultado de una gran tragedia, de un gran pacto y de una gran conquista política. Todos ellos (la tragedia, el pacto y la conquista política) completamente ligados entre sí.

La tragedia fueron las dos Guerras Mundiales. En realidad, una misma guerra desarrollada en dos actos. Su balance inmediato: más de 100 millones de personas muertas (la mayor parte ellas, jóvenes enviados a dejarse la vida en los campos de batalla) y un par de generaciones destrozadas.

El pacto fue resultado de la tragedia. Arrancó en los años 50, cuando algunas de las naciones que más fieramente habían guerreado entre sí decidieron decir "basta ya" e imaginaron un camino diferente, el de la unidad política y económica. En realidad, como vieron con claridad aquellos estadistas de la postguerra, era el único camino por el que se podía alcanzar la convivencia libre y pacífica en Europa.

El pacto europeo fue entre Estados y fue también entre las dos grandes corrientes políticas democráticas europeas: la derecha conservadora y la izquierda socialdemócrata. Y este pacto descansaba sobre tres patas:

- Un modelo socioeconómico, el que se llamó "economía social de mercado", en el que la libertad de mercado se hacía compatible con la acción positiva del Estado para garantizar la igualdad de oportunidades y corregir las desigualdades.
- Un modelo político, que no era otra cosa que la democracia representativa en sus distintas versiones nacionales pero siempre basada en el sufragio universal y el respeto a la libertad de los ciudadanos y a los derechos humanos.
- Y un proyecto de futuro que debía desembocar en la unidad política y económica de Europa, respetan-

do su diversidad intrínseca. No ha ido mal: empezaron 6 países y ya vamos por 28.

Y ello se completó, como he dicho antes, con una gran conquista política: la victoria de la democracia sobre los totalitarismos. Una victoria que empezó a fraguarse con la derrota del nazismo y el fascismo en la guerra, siguió con las transiciones democráticas en las dictaduras residuales de España, Portugal y Grecia y culminó con la caída del Muro de Berlín, el hundimiento de las dictaduras comunistas y el final de la Guerra Fría.

No está mal recordar en este momento los orígenes, porque los desafíos que ahora afronta la Unión Europea derivan de que lo que está en cuestión son precisamente las bases del pacto europeo y del proyecto europeísta.

Está en cuestión el modelo de economía social de mercado porque la derecha europea ha roto unilateralmente ese pacto y, al calor de la crisis, se ha lanzado a restablecer lo peor del viejo modelo capitalista: los mercados financieros, desregulados y descontrolados, decidiendo la suerte de naciones enteras mediante movimientos puramente especulativos; la austeridad a ultranza del sector público, lo que incluye el adelgazamiento de los servicios públicos universales y la renuncia a la igualdad de oportunidades (nunca desde el Tratado de Roma ha aumentado tanto la desigualdad en Europa como durante los últimos cinco años); el retroceso en los derechos de los trabajadores. En definitiva, la dimisión del Estado de sus responsabilidades sociales y la vuelta del darwinismo económico y de la ley de la selva a nuestras sociedades.

Está en cuestión la democracia representativa, porque los ciudadanos sienten que ésta no ha sido capaz de defenderlos ni de hacer frente con eficacia a la crisis. Un sistema político no sólo se legitima por su superioridad moral, sino por su eficacia (por eso se desplomó el comunismo en el este de Europa).

Y la torpeza y la ineficacia para hacer frente a la crisis y defender a los ciudadanos frente a los mercados ha sido máxima en el caso de las instituciones europeas: torpes, lentas, insolidarias, siempre llegando tarde a las soluciones.

Eso ha inoculado en nuestras sociedades dos venenos potencialmente mortales: por una parte, el veneno del populismo más o menos anarquizante, que se ha hecho visible sobre todo en la Europa del Sur, impulsado por políticos que han visto la gran oportunidad de construir sus propias carreras políticas desde el descrédito de la política. Y por otra, una cierta nostalgia de las soluciones autoritarias, que se ve aparecer en algunos países del Este.

Y está en cuestión, finalmente, la propia idea de una Europa unida y solidaria. Han renacido, sobre todo en el norte de Europa, dos fenómenos altamente destructivos.

En primer lugar, el resurgir de los nacionalismos antieuropeístas: nos iría mejor solos que mal acompañados, este es el mensaje de los que empezaron

Los desafíos que ahora afronta la Unión Europea derivan de que están en cuestión las bases del consenso europeo y el modelo de economía social de mercado, porque la derecha europea ha roto unilateralmente el pacto social, político y económico que venía desarrollándose desde la posguerra europea.

siendo euroescépticos y ahora son ya directamente eurófobos. ¿Por qué tenemos que unir nuestra suerte a la de países que ni siquiera saben gestionarse a

sí mismos? ¿Por qué tenemos que hacernos cargo de sus deudas y de su desempleo, por qué tenemos que compartir con ellos nuestra riqueza y nuestro progreso?

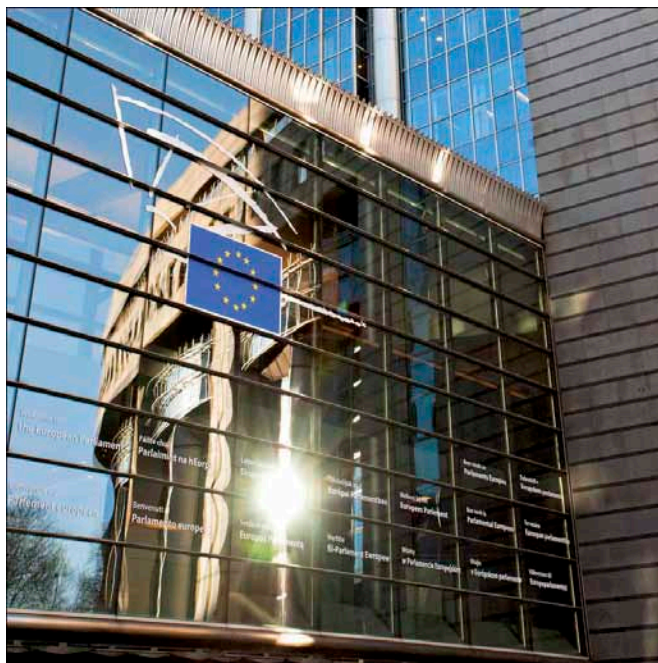
Un sentimiento, alimentado con frecuencia desde los propios Gobiernos, que ha abierto una brecha gigantesca entre el norte y el sur de Europa y está a punto de liquidar una de las patas sobre las que descansa el proyecto de una Europa unida: la

solidaridad. La brecha Norte-Sur es incompatible con la supervivencia de la propia Unión Europea: sencillamente, no vamos a aceptar que el bienestar de unos descansa sobre el atraso de otros.

Y en segundo lugar, la xenofobia: el odio al extranjero, el rechazo al inmigrante, la no aceptación del que es distinto a mí. Se trata de atizar los sentimientos de pertenencia más primitivos para no

aceptar de una vez por todas una verdad histórica ineludible: que en el mundo de la globalización y de la crisis demográfica de Occidente, la única salvación de Europa está en reconocerse a sí misma como una sociedad mestiza. Mestiza en lo racial, pero también en lo cultural, en lo religioso, en las formas de vivir y de convivir... lo otro, encerrarnos en lo que siempre fuimos y negarnos a aceptar la nueva realidad, es algo más que miope: es suicida. Pero funciona como reclamo electoral, acabamos de comprobarlo.

Así que el programa de una política progresista para la Europa de los próximos años está escrito: hay que reconstruir un Estado Social sostenible dentro de la economía de mercado globalizada. Lo que, hablando de Europa y a corto plazo, pasa por una nueva política económica que apueste por el crecimiento y el empleo (los "buenos empleos" de los que siempre habla Martin Schulz) y no sólo por la austeridad y la



asfixia económica, y que a la vez recupere los instrumentos de la igualdad y la justicia social que dieron sentido al llamado Estado del Bienestar.

Hay que defender con uñas y dientes la democracia representativa porque ha demostrado ser el único sistema político capaz de garantizar la libertad. Lo que no significa aferrarse a sus métodos convencionales y en buena medida obsoletos, sino reformarla y modernizarla a fondo para que los ciudadanos puedan volver a reconocerse en ella. Y por supuesto, hay que repensar la arquitectura institucional de la Unión Europea, que en estos años de crisis ha dado un auténtico recital de inoperancia.

Reconozcamos que Europa se ha equivocado y actuemos en consecuencia.

La cuestión es que ahora ya es muy difícil emprender esta tarea gigantesca a partir de un nuevo gran pacto político, porque ha sido la derecha quien nos ha traído hasta aquí desde el día en que rompió unilateralmente el pacto fundacional.

Los eurófobos, xenófobos, populistas anarquizantes y neautoritarios de todos los colores han decidido practicar aquello que en otros tiempos llamábamos "entrismo": ocupar parcelas de poder en el seno de la Unión Europea para destruirla desde dentro.



Europa necesita una nueva política económica que apueste por el crecimiento y el empleo decente, así como recuperar instrumentos de igualdad y justicia social que dieron sentido al llamado Estado del Bienestar.

Digámoslo de una vez: tenía razón Obama y no Merkel. Tenía razón el G-20 en sus primeras resoluciones y no la Troika en sus ciegas imposiciones de castigos, recortes y sacrificios. Teníamos y tenemos razón los que decimos que mientras no se controle a los mercados financieros especulativos, el final de cada crisis financiera será el heraldo de la siguiente.

Y la derecha convencional, atemorizada ante la amenaza electoral que ello supone para ella, se ha quedado paralizada o ha decidido subirse directamente a ese carro.

Así pues, la defensa de la Europa unida en la que creemos, democrática, fuerte, solidaria y equilibrada, se ha convertido en el programa político de la izquierda socialista y socialdemócrata para los próximos años. Esa es nuestra misión principal en esta legislatura del Parlamento Europea que acaba de comenzar. Esa será también la causa de los socialistas españoles dentro del Partido Socialista Europeo. Sé que no será fácil, pero sé también que la magnitud del esfuerzo tiene que estar a la altura de la magnitud del objetivo. **TEMAS**